

# SUMARIO

Vörth: Crítica de Narraciones francesas y alemanas (conclusión), por el capitán Immanuel, del ejército alemán, traducido por el marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.; pág. 241.—Ideas alemanas acerca de la táctica. Influencia de la guerra Sud-Africana; pág. 245.—Napoleón jefe de ejército: Ulma, por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 248.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 251.

Pliegos 111 y 112 del tomo III del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió Bellvé, comandante de Ingenieros.

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA (3.<sup>a</sup> edición), por D. Joaquín de La Llave y García, coronel, teniente coronel de Ingenieros.—Pliego 2.

---

## WÖRTH

### CRÍTICA DE NARRACIONES FRANCESAS Y ALEMANAS

POR EL CAPITÁN IMMANUEL, DEL EJÉRCITO ALEMÁN

(Conclusión)

Dice la obra del estado mayor francés que se produjo el desorden y la desorganización de la infantería alemana (*la confusion, le désordre, la désorganisation règnent dans l'infanterie allemande après une attaque*). La primera razón de estos defectos dependió, según la obra del estado mayor francés, de la poca destreza de los alemanes en el combate en orden abierto. Cita á continuación la obra de Bonnal (*Froeschwiller*) y apela al testimonio de obras alemanas, y en particular del conocido folleto *Sueño de una noche de verano*, publicado en 1888, sin nombre de autor. Este escrito, cuyos conceptos no encontraron aprobación en la oficialidad alemana, por más que se reconoció el realismo y la riqueza de colores del relato, describe el efecto desastroso que causó al autor la conducta de la infantería alemana sobre el campo de batalla. Afirma haber visto á retaguardia de las tropas que avanzaban numerosos rezagados, con los cuales pudieran haberse formado batallones, que se cubrían muy prudentemente detrás de todas las ondulaciones del terreno y de los árboles, no manifestando ningún deseo de seguir á sus valientes camaradas. No disputamos que el autor viera este espectáculo, pero no puede asegurarse que fuera general, porque entonces, ¿cómo con tales tropas se dió el asalto á Fröschwiller y fueron tan completamente derrotados los valientes regimientos franceses? Es muy censurable, por lo tanto, que la obra del estado mayor francés haya hecho referencia á este folle-

to. Por lo menos demuestra una ligereza incalificable el pretender generalizar impresiones locales. Concedemos que ocurrieran estas escenas, particularmente en las primeras batallas; pero no pudieron ser de importancia decisiva, ni dieron un sello característico á la totalidad. Se refiere también la obra del estado mayor francés á los escritos críticos de Boguslawski, Keim y Kunz. Estos trabajos meritísimos han sido originados por la acertada idea de mejorar la dirección de combate de la infantería alemana, y eligieron la batalla de Wörth como base de sus argumentaciones. La instrucción de tiempo de paz acomodada á la guerra, la dirección de largas líneas de tiradores, el aumento de jefes subalternos, etcétera, fueron las reformas propuestas por estos escritores militares á quienes tanto debemos por su labor en pro de los intereses del ejército. La obra del estado mayor francés, con merma de su autoridad, utiliza capciosamente estos estudios.

Respecto de la caballería alemana, la obra del estado mayor francés crítica que se tuviera en reserva la 4.<sup>a</sup> división. Sigue en esto la opinión del mayor Kunz, quien del hecho de no haberse destinado la división á la persecución inmediata deduce con mucho acierto que al principio de la guerra no era posible desarraigar la idea de la caballería de reserva. Pero al que, sin prejuicio alguno, lea la narración francesa causará mucha extrañeza, que para criticar la conducta de la caballería alemana en Wörth, se traiga á colación la caballería napoleónica de Jena. ¡Buen consuelo! La caballería francesa de 1870 no conservaba traza alguna de aquel vigoroso impulso que Napoleón I, supo comunicar á la suya. No hay que negarle bravura personal; pero esto es todo.

Hasta ahora nos hemos ocupado en los defectos más ó menos pronunciados de nuestra táctica, y en contra de las imputaciones puramente técnicas de la obra del estado mayor francés, no tenemos nada que objetar, puesto que la parte esencial de los datos que consigna está tomada de autores alemanes muy acreditados (Boguslawski, Keim, Kunz).

La cuestión, sin embargo, toma otro aspecto en cuanto la obra del estado mayor francés somete á insidiosa censura las cualidades morales del ejército alemán.

Todos estos pasajes de la obra oficial francesa están extractados del conocido libro de Bonnal *Froeschwiller*. Cuando este libro se publicó (1899) comprendimos que no se trataba de un trabajo científico, sino de una obra inspirada en los sentimientos de un patriotismo exaltado, en aras del cual se sacrificaba la verdad. El libro encontró aplauso en Francia, y también entre nosotros mereció cierta consideración, sin duda porque no se había examinado con detenimiento. Sabido es que el general Bonnal fué recibido en Berlín, hace algunos años, con extremadas consideraciones, y debió esta acogida á la alteza de miras de una augusta persona que quiso ser tolerante con las debilidades del escritor francés.

En el libro *Froeschwiller* afirma claramente que en Wörth los oficiales y soldados alemanes huyeron muchas veces cobardemente ante los ataques de los franceses. El general Bonnal, como buen *chauviniste*, dice que, si bien los franceses fueron vencidos en Wörth, quedó muy de manifiesto su superioridad moral sobre los alemanes y, para halagar la vanidad nacional de los franceses, aplica aquí la frase de «la superiorité de la race gauloise».

El general Bonnal que el año pasado tuvo que pedir el retiro á causa de un escándalo privado, es un oficial dotado de gran talento y que en su carrera ha demostrado condiciones superiores. Por eso nos sorprende que haya incurrido en la contradicción de que los vencidos fueron moralmente superiores á los vencedores. Esta disonancia significa que Bonnal quiso hacerse intérprete de las tendencias que actualmente imperan en los altos centros militares de Francia, y que con tanta claridad demostraron los ministros de la Guerra y de Marina en discursos recientes: exaltar los sentimientos patrióticos de la nación para saldar la cuenta con los vencedores de 1870.

El mayor Kunz ha contraído un gran mérito, quizá no apreciado en todo lo que vale, al desvanecer y reducir á su justa medida las suposiciones calumniosas que sobre las tropas alemanas divulgó el general Bonnal y ha aceptado la obra del estado mayor francés. El mayor Kunz es un escritor que sabe examinar y comprobar los hechos con precisión matemática, y llega con seguridad convincente al descubrimiento de la verdad, analizando claramente todas las fluctuaciones de la batalla. En sus dos últimos folletos (1) suministra pruebas interesantísimas sobre la batalla de Wörth. Las inculpaciones de Bonnal y de la obra del estado mayor francés, de que en los combates del V cuerpo, en las inmediaciones de Wörth, los oficiales alemanes se quitaron los capotes para escapar mejor; de que los soldados alemanes arrojaban las armas en su huida, etcétera, etc., son refutadas con consecuencia lógica y con la energía que corresponde, aduciendo testimonios de gran valía.

Caracteriza de un modo particular la veracidad del general Bonnal el que siempre tome por base la autoridad de Karl Bleibtreu. Este escritor procura en todas las ocasiones divinizar á Napoleón I, creyendo que en él y en su ejército se compendian los grandes hechos guerreros. Dejaríamos á este señor Bleibtreu gozar tranquilamente de sus fantasías, si no pretendiera rendir culto á los franceses, denigrando á la vez con notoria injusticia las cosas de Alemania. En su ciego odio á todo lo que constituye el fundamento de la grandeza del ejército pruso-alemán, y en

(1) *Ejemplos históricos de la guerra franco-alemana de 1870-71*.—Cuaderno 13: «El combate de Niederwald en la batalla de Wörth».—Cuaderno 14: «El ataque de la infantería del V cuerpo en la batalla de Wörth hasta las 3 y 1/2 de la tarde».

particular contra la oficialidad alemana, ve sólo en nuestras victorias el producto de las deficiencias de los franceses y el resultado de meras casualidades. Llega al desvario, confundiendo la poesía heroica con la narración no velesca; y por muy brillante que sea el colorido de su estilo, por muy poderosa la sugestión que ejerce sobre los profanos, no debe tomarse en serio, ni como historiador militar, ni como crítico; sólo vale como folletinero. Merece crítica tan acerba, en especial por su libro: *La verdad sobre 1870*, que no es más que un tejido de enormes falsedades, y como la obra de Bonnal y la del estado mayor francés están basadas en este sospechoso trabajo, estamos completamente de acuerdo con el mayor Kunz cuando dice: «Felicitamos sinceramente al estado mayor francés por la cooperación que ha obtenido de este único testigo ocular (Bleibtreu)».

Las invectivas maliciosas y absurdas de los modernos historiadores franceses han sido objeto de la reprobación de toda la prensa diaria de Alemania, agitando, como es de suponer, la opinión pública. Por estas razones consideramos oportuno aclarar la situación, reduciendo la propaganda francesa á sus causas y á sus verdaderos propósitos.

Tres deducciones diferentes pueden hacerse de lo expuesto anteriormente.

Desde luego, la narración del estado mayor francés se distingue por su parcialidad y poca fidelidad en el relato de los hechos, que la despojan de todo carácter de obra de consulta.

Después, la obra del estado mayor francés es un trabajo tendencioso en sentido *chauviniste* para mantener viva la idea de la revancha. Es bueno que los alemanes recordemos en esta ocasión cuán atentos hemos de estar á nuestros vecinos de los Vosgos, y con cuánto esmero debemos perfeccionar nuestra preparación.

Por último, la frase «la supériorité de la race gauloise» nos hace pensar en lo que dijo Bismarck del *furor teutonicus*, de la fuerza poderosa, colosal, que posee nuestro pueblo en momentos solemnes. Nosotros respetamos la memoria de los valientes oficiales y soldados franceses que con abnegación heroica sacrificaron su vida por su patria. Pero no olvidamos, en el calor de la crítica, que nuestros padres fueron los vencedores de Wörth. Seámosles agradecidos y recordemos sus grandes virtudes. Laméntase entre nosotros, no sin razón, por desgracia, el amortiguamiento del amor patrio, la desaparición del espíritu nacional germánico. Por eso debemos en todas partes cultivar y perfeccionar los sentimientos del amor patrio, de la grandeza nacional, del afecto al territorio sacratísimo. Con sobrada frecuencia se pierden estos puntos de vista en medio de nuestras discusiones, en medio de la lucha por lo más perfecto. Opongámonos á ello con todas nuestras fuerzas y entonces se realizará la hermosa frase del canciller de hierro, entonces el *furor teutonicus* so-

brepujará la *supériorité de la race gauloise*, cuando sea necesario resolver esta rivalidad por medio de las armas.

Traducido de la revista *Die Armee*

por el MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente Coronel de E. M.



## IDEAS ALEMANAS ACERCA DE LA TÁCTICA

### Influencia de la guerra Sud-Africana

(Traducción de la *Revue Militaire des Armées Etrangères*)

Los sucesos del Transvaal han sido considerados algunas veces como una serie de hechos nuevos é inesperados, demostrativos de la inutilidad de los actuales procedimientos en la guerra.

El ataque de frente se ha considerado rotundamente imposible, aun contando con elementos muy superiores. Se ha juzgado que el éxito decisivo no podría obtenerse sino por medio de movimientos envolventes de gran amplitud, con los cuales resultarían amenazados los flancos y la retaguardia del enemigo, y, sobre todo, sus líneas de comunicaciones.

Ofensiva estratégica y defensiva táctica: tal sería el secreto del buen éxito.

La manera de combatir actualmente la infantería de los ejércitos europeos, estaría abocada á un fracaso seguro y debería reformarse completamente.

En cuanto á la caballería, había hecho fiasco: ya no podía representar en las exploraciones sino un papel insignificante, y debía renunciar al combate á caballo.

Nos proponemos dar á conocer de qué manera son considerados en Alemania los dos primeros puntos, ó sea el concepto del ataque y el modo de guerrear la infantería, dejando para otro estudio, el empleo de la caballería en la guerra.

#### I

En una de sus primeras obras (1) á propósito de las operaciones en el Este del ejército del Loire, manifiesta sencillamente su opinión el estado mayor alemán acerca de las «amenazas estratégicas» convertidas en defensiva táctica.

«Toda la operación estaba dirigida, no contra un enemigo, sino contra una línea de aprovisionamientos, es decir, *contra la nada*, y los acontecimientos debían demostrar que semejante maniobra, *que dicen ser estratégica*, sería nula en sus resultados, en tanto que siguieran intactos los ejércitos enemigos».

(1) *Los movimientos de los ejércitos y sus enseñanzas*.—Berlín, 1902.

Se comprende fácilmente—léese más adelante—que Bourbaki pensara en un plan que consistía en tomar posiciones en Villersexel; pero *una operación de carácter ofensivo, no puede convertirse en defensiva táctica*.

«Cada perfeccionamiento obtenido en las armas de fuego—dice Balk en su curso semioficial de táctica—ha contribuido á celebrar la superioridad de la defensiva; pero todo ejército que ha creído poder renunciar á los procedimientos y al espíritu de la ofensiva, ha pagado muy caro su error; por ejemplo: los austriacos en 1859, los franceses en 1870 y los boers en 1900».

Los alemanes pretenden, pues, obtener la victoria en las grandes batallas, y todos sus esfuerzos se encaminan á aumentar el poder de sus medios de ataque.

Pero el ataque se traduce siempre, en un momento dado, en una embestida *de frente*.

«En las batallas—dice Meckel—hasta las divisiones y hasta los cuerpos de ejército, tienen que atacar de frente: no hay más que ataques de esa índole».

«Como consecuencia de la guerra de los boers—consigna Boguslawski—se ha considerado imposible todo ataque de frente. Sin embargo, los fracasos de los ingleses han sido debidos, más que á otra causa, á sus malas disposiciones, á la falta de discreción y de energía en los ataques, y á sus procedimientos sistemáticos no apropiados en manera alguna á las circunstancias. Creemos que la mayor parte de las veces el resultado de los ataques de los ingleses hubiera sido el mismo enfrente de armas que hubiesen disparado tiro por tiro, y aun de fusiles á cargar por la boca».

«Si se debe juzgar como deseable—añade el escritor—la combinación de un ataque de flanco con otro de frente, no hay razón para calificar pura y simplemente de imposible un ataque de frente, y la guerra de los boers no ofrece motivos para contradecir en modo alguno nuestra opinión».

Boguslawski no ve, pues, en los fracasos de los ingleses un hecho sorprendente ni un hecho nuevo.

Desde hace ya un siglo, toda formación en masa que cae de improviso en la zona decisiva de combate, bajo el fuego de los tiradores parapetados, ha sido detenida en ella con pérdidas enormes. Lo único que ha tenido variación es «la zona decisiva de combate». Hace un siglo era de 80 á 100 pasos: luego llegó á ser con el Chassepot, de 500 á 600 metros, y hoy es de 800 á 1000. Este es un dato absoluto que no ha descubierto, sino que ha confirmado, la guerra de los boers.

El teniente coronel Lindenau es aun más categórico que Boguslawski cuando analiza las batallas de Magersfontein, Colenso y Spion-Kop.

«Estas tres batallas—dice—han sido otros tantos ataques de frente,

sin tentativa alguna para combinar un ataque por el flanco con el ataque de frente».

«En todos los idiomas se ha censurado amargamente á los generales ingleses y se les ha dicho: «Os habeis equivocado».

«Los generales ingleses se han decidido á verificar esos ataques de frente, porque *eran los únicos posibles*. Desbordar y flanquear las posiciones enemigas era muy difícil, porque los boers montaban á caballo y prolongaban su ala amenazada, siquiera resultara débil».

«En semejantes condiciones, *destruir aquella línea débil por medio de un ataque de frente, era muy buena idea...* Pero el defensor comete la falta de extenderse hasta tomar un frente igual al de su enemigo. Nunca se vé en él *el propósito de concentrar el ataque contra un punto dado, con unidades puestas al alcance de la mano, y atacando simultáneamente con las fuerzas dispuestas en un orden profundo, que le permitiesen llevar el ataque, progresivamente, á su empuje máximo*. El que quiera atacar debe proponerse y estar decidido á empeñar en el combate hasta el último hombre, sin preocuparse de otra cosa, y no debe considerar fracasado el ataque en tanto no haya empeñado en él la última de sus reservas. Ahora bien: en Maggersfontein no empeñaron los ingleses en el ataque sino el 65 por 100 de su efectivo, en Colenso el 57, y en Spion-Kop el 47 por ciento».

«La pequenez de las pérdidas es otra prueba de la falta de energía conque realizaron los ingleses dichos ataques».

Se vé, pues, que para Lindenau, no sólo pueden tener buen éxito los ataques de frente, sino que éstos fueron los únicos que pudieron emplearse. A las malas disposiciones tomadas, y lo que es más grave aún, á la falta de energía, es á lo que se debe que fracasaran.

Se ha cacareado muchas veces la magnitud y la rapidez de las pérdidas sufridas por los ingleses, y se ha fundado en unas y en otras la pérdida de la fuerza moral del asaltante para venir á sentar, como conclusión, la inutilidad de hacer nuevos esfuerzos «contra un frente que resultaba ser inexpugnable».

Los escritores alemanes, en general, ven las cosas de diferente manera.

Boguslawski, comparando las pérdidas sufridas por los alemanes en 1870 con las de los ingleses en el Transvaal, estima que, «desde hace treinta años, no ha aumentado la eficacia del fuego en el campo de batalla».

«Caemmeres dice que se debe tener en cuenta el corto número de fusiles empleados contra los ingleses y la naturaleza del fuego de los boers. Su tiro es individual y carece de las propiedades de nuestro fuego colectivo. El boer elige su adversario, le acecha, y no dispara sino cuando está casi seguro de hacer blanco... De ese modo puede explicarse la pe-

queñez relativa de las pérdidas sufridas por los ingleses y el que éstos hayan podido acercarse hasta cortas distancias del enemigo».

Quizá sus pérdidas hubieran sido mayores enfrente de adversarios más numerosos manejados á la europea. También es posible que éstos, con menos sangre fría que los boers, hubiesen roto el fuego á mayores distancias y errado mayor número de disparos; pero uno y otro caso son hipotéticos, y ante la hipótesis se levantan los hechos con su brutal elocuencia.

A pesar del perfeccionamiento obtenido en las armas de fuego, el tanto por ciento de las pérdidas sufridas en las batallas, va disminuyendo constantemente á través de las edades.

(Continuará)

## NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

### U L T I M A

El tratado de Lunéville había puesto fin á la guerra continental. En los primeros años del siglo XIX una mano firme había restablecido en Francia el orden tan necesario y al que aspiraba el país extenuado por las revoluciones políticas. El poder del primer Cónsul y su prestigio habían ido en aumento hasta el 18 de Mayo de 1804, en que la proclamación del Imperio vino á coronar su obra y dar al país el gobierno estable de que tan necesitado estaba. Con razón pudo más tarde decir Napoleón: «Yo no he usurpado la corona, la he recogido del arroyo; el pueblo la ha colocado en mi cabeza». (Memorial de Sta. Elena, tomo 1.º, pág. 233).

El tratado de Amiens no había sido más que una tregua de corta duración en la lucha con Inglaterra. Al reanudarse las hostilidades en el mes de Mayo de 1803, Napoleón resolvió dar un golpe decisivo á la gran rival de Francia, haciendo un desembarco en Inglaterra para conquistar este país. Este plan de Napoleón dió á conocer plenamente la grandeza de su genio. La idea que le inspiró este proyecto de desembarco era absolutamente justa; era «la aplicación de la regla fundamental del arte de la guerra, que consiste en oponer su lado fuerte al lado débil del enemigo, utilizando los factores tiempo y espacio». (Willisen, Campañas de 1859 y 1866). La fuerza de Napoleón residía en el ejército y en la guerra continental; la de Inglaterra en su flota y en la guerra naval. Era pues de buena estrategia atacar á Inglaterra con un ejército, obligarla á luchar en tierra.

Se ha tratado de condenar el plan del Emperador, pretendiendo que era de imposible ejecución. Pero la historia nos demuestra que han bastado la voluntad y el poder de hombres de genio para llevar á cabo vastos proyectos, que los contemporáneos de estos grandes hombres consi-

deraban irrealizables. ¿Puede afirmarse ante tales hechos que hubiera sido imposible á Napoleón el desembarco de un ejército en Inglaterra? El plan grandioso de Aníbal pasando los Alpes para atacar y vencer á Roma en la misma Italia, habria quizás pasado por irrealizable si hubiera quedado en estado de proyecto.

Nuestros historiadores están casi unánimes en decir que Europa debió su salvación á no haber desembarcado Napoleón en Inglaterra y humillado á esta potencia; para ellos era un país más que se preservaba del dominio de Napoleón. Yo no participo de esta opinión. Los Estados continentales tuvieron que sufrir entonces demasiado cruel y directamente el despotismo de Napoleón para que no se hubiese perdido de vista, en aquella época, que la política inglesa era, por lo menos, tan exclusiva y egoísta como la de Francia, con la diferencia de que aquella perseguía resultados más prácticos y más duraderos y consagraba todos sus medios á procurar sus intereses particulares, y no los generales de Europa. Si Napoleón hubiera llegado á desembarcar en Inglaterra á la cabeza de un ejército, habria allí gastado, por una parte, un poco de su fuerza y las potencias continentales habrian tenido más libertad de acción; por otra parte, Inglaterra, quebrantada hasta los cimientos, no hubiera podido apoderarse de la casi totalidad del dominio colonial del mundo entero, y á las potencias continentales habria hoy correspondido en él una parte más equitativa.

Napoleón dedicó desde entonces toda su poderosa inteligencia á los preparativos de ejecución del plan de desembarco, desplegando por completo su infatigable actividad, sus iniciativas, su sagacidad á organizar la flotilla de transporte y el ejército necesarios. La flotilla, cuyo efectivo calculó en una cifra total de 2.000 embarcaciones, debía poder transportar al otro lado del canal de la Mancha 150.000 hombres, con el material necesario á un ejército de esta importancia. Debía partir de las inmediaciones de Bolonia, donde el canal es más estrecho. Numerosas baterías cubrían las costas francesas y las defendían de los ataques de la escuadra inglesa; se construían inmensos estanques, diques, fortificaciones formidables. Al mismo tiempo se organizaba el ejército de desembarco. El 14 de Julio de 1803 se decretó la organización de seis cuerpos de ejército, cada uno de los cuales debía reunirse en un campamento para ser allí instruido. Cinco de estos campamentos habian de ser establecidos á lo largo de las costas del mar del Norte y de la Mancha, en Holanda, en Gante, en Saint-Omer, Compiègne y Saint-Malo. Poco á poco iban formándose y reuniéndose los diversos cuerpos de tropas. En Julio, Napoleón visitó personalmente el Nordeste de Francia y Bélgica; inspeccionó la costa desde la desembocadura del Somma hasta Dunkerque, y estudió los puntos que debían servirle para la ejecución de su plan. En Noviembre Napoleón volvió á girar la misma visita é inspeccionó además las tropas del

campamento de Saint-Omer á las órdenes de Soult. Poco después, el 12 de Diciembre, dictó una disposición relativa á la «organización de la gran expedición». Con arreglo á esta disposición, había de componerse de cuatro cuerpos, tres de los cuales en los campamentos de Saint-Omer, Brujas y Montreuil y el cuarto formando reserva.

Las tropas fueron otra vez inspeccionadas por Napoleón en el mes de Enero de 1804. La distribución del ejército era entonces la siguiente: Bernadotte ocupaba el Hannover; Marmont se hallaba en el campamento de Utrecht, Davout en Brujas; Soult en Saint-Omer y Ney en Montreuil. Todos los regimientos de dragones, agrupados en divisiones, estaban acantonados en segunda línea. Por último, en el campamento de Brest se encontraba el cuerpo de Augereau, destinado á operar una irrupción en Irlanda. El 16 de Agosto, el reciente Emperador reunió en Bolonia las tropas de Soult y de Ney para exaltar, por medio de la distribución solemne de las cruces de la Legión de honor, la adhesión á su persona, porque «el alma de todos los ejércitos es la franca adhesión de todas sus partes á su jefe.» (A Gautheau: Saint-Cloud 23 de Junio de 1804.)

Pero los grandes preparativos de Napoleón contra Inglaterra despertaron en el continente tantos temores como esperanzas. Especialmente el Austria, cuya legítima influencia en los destinos de Europa había amornado considerablemente el tratado de Luneville, se dispuso á aprovechar los cambios favorables que el porvenir pudiera reservarle. Pretextando que la fiebre amarilla hacía estragos en España, estableció, en el mes de Diciembre de 1804, un pretendido cordón sanitario en las fronteras Suiza é Italiana. En el mes de Enero de 1805 la situación tomó tal giro, que Napoleón se vió obligado á preparar órdenes para el movimiento de su ejército. Habiéndose verificado inmediatamente una concentración de tropas francesas en Italia con motivo de la coronación del Emperador, como rey de este país (26 de Mayo de 1805) los Austriacos se aprovecharon de este pretexto para elevar á 40.000 el efectivo de su ejército de Carinthia y de Venecia.

Poco después, la corte de Viena recibió del gabinete de San Petersburgo proposiciones relativas á una acción común contra Francia; en el mes de Julio de 1805, Winzingerode llegó á Viena para intentar un acuerdo con respecto al plan de operaciones que había de adoptarse. El 16 se ultimó un tratado, según el cual Rusia había de organizar dos ejércitos. El primero de 55.000 hombres partiría de Brody el 20 de Agosto en 6 escalones, el último de los cuales había de llegar el 20 de Octubre á Braunau sobre el Ynn. El segundo, de 40.000 hombres, partiría de Brest-Litowsk é iría á Bohemia. En caso de que el mando en jefe del ejército Austriaco fuese ejercido por el emperador ó por un archiduque, las fuerzas rusas se pondrían bajo sus órdenes. Además, debería transportarse, uno á Nápoles y otro á Pomerania, dos cuerpos de ejército de desembarco de 25.000

hombres cada uno. Este último había de reunirse á los Suecos para ir á ocupar el Hannover.

El plan de campaña Austriaco, concebido por el archiduque Carlos, partía de la idea de tomar vigorosamente la ofensiva en la alta Italia para dar un golpe decisivo y permanecer en Alemania á la defensiva hasta obtener una victoria decisiva en Italia, ó hasta la llegada del ejército ruso. Deberían, por consiguiente, reunirse 95.000 hombres en Italia, 33.000 en el Tirol, dependientes del ejército de Italia, y por último, 59.000 en Alemania.

Napoleón, que desde el 5 de Agosto había vuelto al campamento de Bolonia, se persuadía cada vez más de que había de verse obligado á renunciar á su proyecto de desembarco en Inglaterra, y el 23 de Agosto escribió á Talleyrand: «Ya he tomado mi partido. Mi escuadra salió del Ferrol el 14 de Agosto con 34 buques, no teniendo enemigos á la vista. Si, según sus instrucciones, se une á la escuadra de Brest y entra en el canal de la Mancha, todavía llega á tiempo y soy dueño de Inglaterra. Si mis esperanzas salen fallidas, corro á toda prisa; levanto mis campamentos y mando reemplazar mis batallones de guerra por mis terceros batallones, lo cual me permite disponer siempre de un ejército bastante respetable en Bolonia, y el 23 de Septiembre me encuentro con 200.000 hombres en Alemania y 25.000 en el reino de Nápoles. Marcho sobre Viena y no dejo las armas hasta poseer á Nápoles y Venecia y haber aumentado los Estados del elector de Baviera de tal modo, que no tenga ya nada que temer del Austria.» (A. Talleyrand.)

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE

## VARIEDADES

### LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

#### EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

—Mosquetero Horn, de la 3.<sup>a</sup> compañía del regimiento de infantería número 176, castigado con tres días de prisión por haber permanecido fuera del cuartel sin permiso, después del toque de retreta.

El oficial miró entonces con más atención al prisionero que estaba

cuadrado ante él con el pantalón puesto y en mangas de camisa.

—En qué estáis pensando?—dijo con voz colérica al soldado que aun permanecía medio dormido.—Cómo os atreveis á presentaros á mí en ese traje?

Hasta entonces no se acordó Horn que les estaba rigurosamente prohibido á los soldados castigados con prisión, el despojarse de la túnica para que ésta les sirviése de cobertor: se la volvió á poner, pues, aceleradamente y ocultó con destreza en su bolsillo el pañuelo con el cual había querido neutralizar en cierto modo la dureza del camastro, cosa igualmente opuesta al reglamento de prisiones.

El resto de la noche lo pasó sin dormir; pero le quedaba libre todo el día para desquitarse de su falta de sueño.

Los dos últimos días los paso en un estado rayano á la imbecilidad, y cuando se abrió por fin la puerta de su prisión en la tarde del tercero, estaba de un humor tan sombrío y de un temperamento tan apático, que apenas tuvo idea de que recobraba la libertad, y siguió, como si soñara, al suboficial que lo condujo al cuartel. Veía ante sí un porvenir lóbrego y sin esperanza. La vida militar en activo, que á pesar de todas sus fatigas y de todas sus privaciones, tenía sus lados agradables y sus momentos de entusiasmo, parecía no tener ya para él atractivo alguno. Había perdido la confianza de sus jefes, y se hubiera considerado feliz en poder abandonar el servicio militar desde aquel momento.

Pálido, abatido, y dolorido del cuerpo y del alma, entró Horn en la cuadra número 15; pero, qué es lo que ocurría en ella? Detúvose en el dintel admirado y sorprendido á la vez. La mesa estaba preparada como para una fiesta. Además de la lámpara que pendía del techo, sus camaradas se habían procurado otra, no se sabe cómo ni de dónde, que esparcía por toda la habitación agradable claridad. La mesa estaba cubierta con hermosas bandejas conteniendo numerosas rebanadas de pan muy untadas de manteca. En rededor de ella estaban los camaradas con semblantes regocijados, teniendo cada uno en su mano un vaso lleno hasta los bordes, de cerveza espumosa. Przychanowski, *el noble polaco*, hallábase acurrucado en un rincón, sonriendo satisfecho y con la mano derecha colocada sobre el brillante grifo de cobre de un barril de cerveza.

A una señal dada por Scharff, todos entonaron á plenos pulmones el motivo solemne de la fiesta:

«Yo tenía un compañero  
como mejor no lo hubo».

Franz Kutschbach salió al encuentro del amigo que regresaba; pasó un brazo al rededor de su cuello, y lo condujo así, ebrio de gozo y profundamente conmovido, hasta la mitad del círculo que formaban los cantores.

## CAPÍTULO IX

*Los días del emperador.—El señor von Nöring hace á su sobrino el teniente Wittich revelaciones relativas á tiempos pasados.*

Como se comprende, Pablo Horn se había engrandecido en el concepto de sus camaradas; pero en cambio, y como consecuencia del castigo que se le había impuesto y de la prisión que había sufrido, parecía no gozar ya del favor de sus superiores. La mayor contrariedad que experimentó el joven fué la de haber perdido la confianza de su teniente von Bünau. Este no dijo ni una sola palabra acerca del asunto; pero, sin embargo, su mirada y su actitud reservada para con Pablo Horn, indicaban claramente que se mostraba riguroso con él, después de la falta que al parecer había cometido.

Con mucha satisfacción hubiera el inocente confesado á su venerado jefe en el terreno particular toda la verdad; pero, desgraciadamente no encontró ocasión para ello, porque el teniente von Bünau no le dirigía ya la palabra sino cuando se veía obligado hacerlo, y siempre con la aspereza y sequedad propias de los asuntos del servicio.

Se preparaban grandes cosas. El aniversario del nacimiento del emperador, la principal fiesta del soldado, se hallaba muy próxima. Como todos los años, se habían tomado disposiciones para que cada compañía tuviera á su especial disposición una de las salas destinadas á fiestas en la ciudad, sala en que los soldados pudieran celebrar dignamente aquel día representando comedias y bailando. Para esto, ninguna compañía disponía de tantos recursos como la 3.<sup>a</sup>, y por todo el regimiento se esparció el rumor de que aquella unidad preparaba una representación teatral verdaderamente extraordinaria. Los soldados y los suboficiales desplegaban una actividad febril y entusiasta. Hasta el capitán Rommel había dulcificado su carácter y concedía con mucha frecuencia exenciones de servicio á los soldados elegidos para actores, con el fin de que tuvieran tiempo suficiente para aprender sus papeles y para ensayarlos, desde el doble punto de vista escénico y músico, en un gran local del cuartel, á la sazón desocupado, bajo la dirección de un voluntario de un año, que poseía el sentido artístico, y bajo la vigilancia del teniente von Bünau.

Llegó el gran día: los soldados fueron conducidos á la iglesia por la mañana, y hacia medio día formó el regimiento en orden de parada en el patio del cuartel, en donde el coronel le dirigió una arenga, recordándole la importancia de aquella festividad, recomendando á los soldados que renovasen, para sí mismos, el juramento de fidelidad que todos habían prestado al jefe supremo del ejército, y terminando, en honor del emperador, con un triple hurra que los soldados repitieron con vivo entusiasmo.

Pareció que un formidable trueno estallaba sobre el patio del cuartel.

Antes de romper filas, recibió cada soldado un billete que le autorizaba á llevar aquella noche á la representación teatral y al baile un invitado, que por regla general resultó ser *una invitada*.

Las escuadras se reunieron á las seis y media y fueron conducidas por los suboficiales respectivos al local destinado á cada compañía. Se le entregaron á cada soldado siete bonos de cerveza y cuatro de pan con manteca. La sala en que se reunió la 3.<sup>a</sup> compañía para celebrar el cumpleaños del emperador era una de las más grandes y hermosas que habían sido puestas á disposición del regimiento para tal objeto. El capitán de la compañía había tenido noticia de que el mayor y tal vez el coronel, asistirían á la representación de la 3.<sup>a</sup>.

Pronto se llenó la sala. Los mosqueteros, acompañados de sus novias, se instalaron en el fondo del vasto local, magníficamente decorado con guirnaldas, banderas y emblemas. En la parte más próxima al escenario, habíanse dispuesto varias filas de sillas, de las cuales las dos primeras estaban reservadas para los oficiales, sus familias y los invitados.

A eso de las ocho entraron los oficiales de la compañía: el capitán Rommel había llevado á su mujer y á sus hijos. A las ocho y media llegó el mayor con su esposa. Como el coronel no había prometido formalmente su asistencia, podía empezar la representación. Además de los oficiales del ejército activo, habían concurrido muchos oficiales de la reserva y algunos caballeros de la ciudad que habían recibido billetes de invitación. En la segunda fila de sillas y junto al teniente Wittich, estaba sentado el señor von Nöring, que, en su cualidad de antiguo oficial de la reserva y de la Laudwehr, seguía tomándose mucho interés por las cosas militares.

El capitán Rommel dió la señal para que empezase la fiesta. El primer número del programa extenso de la 3.<sup>a</sup> compañía, era un prólogo en verso que el sargento Thielke, vestido con su uniforme de gala, recitó á telón corrido, con entusiasmo y viveza, prólogo que terminó con un hurra en honor del emperador y que fué contestado con gran entusiasmo por toda la concurrencia, puesta respetuosamente en pie. Levantóse luego el gran telón, y de todos los labios partió una exclamación de sorpresa y de admiración. En mitad de un bosque de laureles, de palmeras y de limoneros, se elevaba un busto del emperador coronado con laurel, teniendo, como en guardia de honor á cada lado, un mosquetero en traje de gala con las armas presentadas: detrás del busto imperial, veíase sentada sobre un zócalo una *Germania*, vestida con larga y flotante túnica, adornada con soberbia peluca rubia, y representada por uno de los más corpulentos soldados de la compañía. Llevaba cubierta la cabeza con un casco de coracero y empuñaba en la diestra una gran espada de madera recubierta de papel plata. Un cuarteto formado por los mejores cantores de la compañía y dividido en dos grupos, uno á la derecha y otro á la iz-

quierda de la *Germania*, ejecutó un hermoso número musical.

No se escasearon los aplausos a aquel preludeo solemne, al que siguió, minutos después, el segundo número del programa, para cuya ejecución habían desembarazado la escena y establecido en ella una barra fija. Doce soldados, los mejores gimnastas de la compañía, coquetonamente vestidos con vestas y pantalones blancos, se presentaron formando dos grupos, el uno ostentando cuellos rojos y el otro cuellos azules, grupos que empezaron por ejecutar los ejercicios gimnásticos más difíciles con una ligereza y una seguridad que les valieron nutridos aplausos. Los ejercicios se sucedían con tal rapidez, que los espectadores apenas tenían tiempo para respirar. El más notable de los acróbatas, fué Rühl, como era natural, el hombre-serpiente, que hizo con Scharff, el juego peligrosísimo de *el molino*, teniendo el uno cogidas fuertemente con sus brazos las piernas del otro y dando vueltas al rededor de la barra fija con el movimiento de rotación del aspa de un molino. Como complemento de este juego, cuatro gimnastas hicieron simultáneamente en la misma barra fija el doble molino, ejercicio excesivamente difícil, que requería tanta destreza como audacia, y que produjo general emoción y una tempestad de aplausos. El capitán Rommel que era uno de los que batían palmas con más entusiasmo, felicitó de viva voz a los gimnastas.

Después del tercer número, Schmann, el oficial de peluquero, vestido de gitano, cantó coplas humorísticas y Rühl, el acróbata, hizo algunos ejercicios propios del circo. Los gimnastas tuvieron que entrar de nuevo en escena y repetir algunos de sus más brillantes ejercicios para que los viese el coronel, que acababa de llegar: El severo jefe del regimiento, se dignó hacer, con visible satisfacción del comandante de la compañía, gran elogio de los ejercicios gimnásticos ejecutados por la 3.<sup>a</sup>

Hubo un entreacto de diez minutos, que fueron aprovechados para hacer grandes preparativos en la escena y, cuando se levantó la cortina por segunda vez, retumbó en la sala otra exclamación de sorpresa. Un órgano de tres metros de longitud, hecho naturalmente, de cartón pintado, se ofreció a las atónitas miradas de los espectadores. El mosquetero Scharff entró en escena disfrazado con un traje que no lo dejaba conocer ni de sus propios camaradas. Llevaba puesto un largo chaleco multicolor, un pantalón de anchos cuadros y un fielin escocés alrededor del cuello. Una peluca roja, color de fuego, gafas de grandes vidrios montadas en metal, y una espesa capa de afeite, completaban lo grotesco del *incógnito*, difícil de adivinar.

—Señoras y caballeros—dijo con voz tarda y contrahecha—ved aquí la mayor maravilla del mundo, el famoso órgano de los Bárbaros, gigante de la América. En todas las grandes ciudades del globo terrestre, en Nueva York, en Chicago, en Londres, en París y en Berlín, ha provocado este incomparable instrumento una admiración sin límites, y ahora

voy á permitirme el presentároslo también. Fijad bien vuestra atención, señoras y caballeros, porque no habeis visto aun maravilla semejante: nunca ha existido cosa parecida ¡Escuchad, ved, y admirad!

El órgano tenía en su parte derecha un manubrio de madera al que Scharff empezó á dar vueltas durante cinco minutos con el fin de encordar el instrumento. Al mismo tiempo que daba vueltas al manubrio hacia horribles muecas que producian fuertes y frecuentes risotadas, y gritos de impaciencia en los espectadores. Por último diez mosqueteros ocultos detrás del órgano rompieron en una canción militar con acompañamiento de un armonium, igualmente disimulado detrás de aquel gigantesco armatoste de cartón. En el momento preciso en que cada uno de aquellos mosqueteros emitía su nota, asomaba por un instante la cabeza por encima del órgano y la volvía á esconder con la misma velocidad, y como cada uno tenía enmascarado el rostro de una manera distinta, veíanse aparecer sucesivamente, un negro, un payaso, un gitano, un marmitón con su blanco gorro de cocina, una vieja, un perro, un gato, etc.

Este número original fué de un efecto tan cómico, que suscitó en todo el público la mayor hilaridad. El coronel reía hasta no poder más; el corpulento mayor, echado contra el respaldo de su silla, reventaba de risa; al severo capitán Rommel le ocurría lo mismo y procuraba ocultarlo cubriéndose el rostro con la mano: hallábase tan contento, que nadie hubiera creído que fuese capaz de ponerse nunca serio ante sus soldados. Los mosqueteros y sus novias se reían á carcajadas, y cuando el telón ocultó á las miradas de todos aquel gigantesco órgano de los Bárbaros, gigante de la América, aplaudieron á rabiar con tal insistencia, que Scharff tuvo que presentarse en escena, y á petición unánime de los espectadores, repetir el número.

La función en su parte representable, terminó con una comedia patriótica en un acto, en la que actuaban cuatro hombres y una mujer. Los personajes masculinos fueron representados por Weber, Kutschbach, Lehman y Westphal, y el femenino por Pablo Horn. El joven mosquetero, vestido con un traje que le había prestado la señorita Elisa y disfrazado con una peluca de mujer preparada por Lehman, parecía de tal modo una joven de dieciocho años, que algunos de los mosqueteros situados en el fondo del salón, desconociendo á su camarada, por mujer lo tomaron y á él dirigieron sus enamorados ojos.

La entrada del mosquetero en escena con su disfraz de señorita, produjo una impresión tan viva en el tío del teniente Wittich, que desde aquel momento el señor von Nöring no pudo ocultar su sorpresa: el teniente miró á su tío con admiración y le preguntó al observar la emoción que se marcaba en su semblante:

(Continuará)